

LA GRAN INVASIÓN BRITÁNICA AL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA (1806-1807)

Autor: Torres, Fernando Claudio

Correo electrónico: fernandtor@yahoo.com.ar

CV:

Profesor en Historia (Universidad Nacional de La Pampa), Maestrando en la Maestría en Historia de la Guerra (Escuela Superior de Guerra), profesor en Historia Argentina (1880-1990), Historia de las Campañas Militares Argentinas, Historia Militar y Teoría de la Guerra y Pensamiento Militar (Colegio Militar de la Nación – Facultad del Ejército – UNDEF) – Docente Investigador (Colegio Militar de la Nación). Autor del libro: Guerras y Estados. La Revolución Militar y la consolidación del Estado Moderno por la guerra. Buenos Aires, Signos del Sur (Ed.), 2021.

Resumen:

Las denominadas “Invasiones Inglesas” tienen una centralidad nodal en la Historia Militar argentina, más allá del enorme desconocimiento en sus hechos más comunes, que se recitan de forma errada o incompleta. Ya desde su denominación presenta ese estigma del error o de la inexactitud. Las dos oleadas que trajeron a esta gran operación anfibia del Imperio de Gran Bretaña, en el bienio de 1806/7, a las costas del Virreinato del Río de la Plata, integrante del Imperio Español y aliado de la Francia “bonapartista”, tienen una representación simbólica y un estigma de la derrota, con consecuencias sobre el posterior proceso independentista. Sin embargo, perdura un relato que bordea con lo cuasi legendario, muy cercano a la necesidad de la creación identitaria de una Nación en construcción.

Palabras clave: Milicias, Cuerpos Voluntarios, Ejércitos de Línea, Guerras Napoleónicas, Operaciones Militares.

Introducción

Un hecho fundamental y fundacional en la historia de la futura República Argentina fue sin lugar a dudas las mal llamadas “Invasiones Inglesas”, dado que por ellas se desencadenaron a la postre una serie de procesos que decantaron en la Revolución de Mayo de 1810 y en las Guerras de la Independencia, primeros pasos hacia la construcción del actual territorio argentino como un país y nación libre. Si bien, la invasión británica de los años 1806/7 puede pensarse como un hecho militar ligado más específicamente al enfrentamiento de los imperios español y francés en contra del Reino Unido de Gran Bretaña -durante las Guerras Napoleónicas- lo cierto es que sus consecuencias tendrán una repercusión a la postre que habilita su inclusión como hito central de la historia militar argentina.

En primer lugar, es necesario comentar por qué se señala la nominalización de Invasiones Inglesas como errada. Esto se debe a que, en realidad, debería llamársela más bien, como “Invasión Británica”, puesto que los ingleses son apenas uno de los pueblos o naciones que integran el Reino Unido. Es más: la primera de las invasiones u oleada de ellas, la que se llevó a cabo en el invierno de 1806, estuvo integrada principalmente por el Regimiento n° 71 de los Highlanders escoceses, y difícilmente se consideren así mismos, aún hoy, como ingleses. El Gral. Alberto Maffey (2005) en su libro *Crónicas de las Grandes Batallas del Ejército Argentino*, llama a esta operación

anfibia como “La batalla por el virreinato del río de la Plata” (p. 17), y el historiador Klaus Gallo (2015) en su artículo dedicado a este evento en la recopilación de Federico Lorenz: *Guerras de la Historia Argentina*, la denomina a su vez, “La batalla de Buenos Aires” (p. 91). En realidad, y en vista del proceso bélico completo de esta invasión, en dos oleadas, se podría definir que fue la batalla por la boca del Río de la Plata, que a la luz de los hechos resulta más acertado, pero por una cuestión de costumbre y de reconocimiento histórico para la gran mayoría de la población, en este capítulo se la seguirá llamando “Invasiones Inglesas” o mejor, “británicas” para ser más exactos en la definición.

Las causas

Lo cierto es que el Reino Unido de Gran Bretaña, estaba interesado en estos parajes, y las causas de la llegada de estos contingentes militares a la región del Plata respondían a varios aspectos. Para principios del siglo XIX, en el mundo occidental habían acontecido varios conflictos armados. Por un lado, el Reino Unido que había perdido sus colonias americanas allá entre los años de 1776 y 1783, se enfrentaba ahora casi en soledad al poderoso imperio que había construido Napoleón Bonaparte en Europa Occidental. Por supuesto que el hecho de ser unas islas salvó a los británicos de que fueran arrollados por las muy eficaces fuerzas del ejército napoleónico; ese mismo hecho también los salvaría siglos después de la invasión alemana en la Segunda Guerra Mundial.

Es por tal motivo que Napoleón decidió realizar un bloqueo comercial europeo, intentando golpear a los británicos en donde más les dolía: su economía. Esto se debía a que, en la guerra por mar, los franceses y españoles habían fracasado y perdido buena parte de su flota frente a la *Royal Navy* en la famosa batalla naval de Trafalgar, en octubre de 1805. Hundidos la mayoría de los buques de la flota franco-española, las colonias americanas habían quedado prácticamente aisladas de sus metrópolis. A esto hay que sumarle, que Gran Bretaña (GB) era además la primera potencia en desarrollarse industrialmente, y el dominio marítimo del comercio mundial le era imprescindible para manejar los mercados, tanto de materias primas como para colocar comercialmente sus propios productos, ahora bloqueados en Europa. Es por esto que, se habían embarcado en conquistar distintas regiones estratégicas que le permitieran el dominio de los mares y sus rutas comerciales. El caso más emblemático es el de Gibraltar, que estaba en manos de los británicos desde principios del siglo XVIII, o de Malta, hacia principios del siglo XIX, y que permitían al Reino Unido, unas islas en el Mar del Norte, dominar buena parte del Mediterráneo.

Es importante señalar la centralidad, en la operación anfibia que se tratará, de un caballero bastante particular, al cual se le debe la primera oleada de esta invasión británica a las tierras del Río de la Plata: el Cnte. sir Home Popham, quien ya en 1804 le había presentado a uno de los ministros del gabinete británico, lord Melville, su célebre “Memorial”, que aparece traducido en la obra del historiador militar argentino ya citado, Juan B. Beverina (2015), y en el cual expresa ya que: “Al entrar en materia sobre América del Sur, es apenas necesario llamar la atención de los Ministros de S.M. hacia su positiva riqueza o sus facultades comerciales (...) esta infalible fuente de riquezas hacia cualquier canal que no sea el que al presente disfruta (...) cerca de veinte millones de esterlinas se importa a España, y otros dos tercios de eso, por lo menos, se lleva Francia.” (t. I, pp 149-150).

Se puede observar entonces una clara noción de las riquezas producidas y del terrible perjuicio económico que les causaría a sus rivales el hecho de perderlas. Popham agrega más adelante: “(...) la idea de conquistar a la América del Sur está completamente fuera de cuestión; pero la posibilidad de ganar todos sus puntos

prominentes, desviándola de sus presentes conexiones europeas, estableciendo algunas posesiones militares y gozando de todas sus ventajas comerciales, puede reducirse a un cálculo moderado, si no operación cierta.” (Beverina, 2015, tomo I, pp 149-150).

Quedan en claro los fines que tendría dos años después la operación que este mismo Comodoro Popham, traería a las costas del virreinato con el primer desembarco británico. Hay otro aspecto a destacar, y es que esta primera operación militar, no sería decidida desde Londres, sino que sería tomada por una autoridad subalterna, es decir, planificada y organizada por el propio Popham junto al general en jefe de otra expedición, que desvió fuerzas para realizar la operación de desembarco y toma de Buenos Aires por *motu proprio*.

“Resulta bastante anómala la manera en Gran Bretaña inadvertidamente envuelta en el conflicto bélico. Las invasiones al Río de la Plata fueron autorizadas por un comandante militar inglés, David Baird, destacado en el Cabo de Buena Esperanza y no por el rey Jorge III ni por el gobernante de ese país, quienes tres meses después se anoticiaron de que un ejército de su “Majestad Británica” había conquistado -y perdido- la posesión de un territorio perteneciente al imperio español.” (Gallo, 2015, p. 92).

Hacia julio de 1805 el ministro de guerra británico entregó instrucciones secretas al My. Gral. sir David Baird, quien en combinación de la escuadra de sir Home Popham y fuerzas de las tres armas (caballería, artillería e infantería) debían conquistar la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza, un enclave nodal para el manejo del pasaje del Atlántico Sur al océano Indico, y de fundamental importancia para los británicos. Dice Popham al respecto: “Tan importante consideré esta noticia, no solo por la ventaja que se derivaría de la conquista en sí del Cabo de Buena Esperanza, sino también por la facilidad que esta colonia daría para la proyectada conquista de la costa oriental de la América del Sur.” (Beverina, 2015, t. I, p. 219).

Popham declararía en el juicio que se le inició luego de la primera invasión, del cual saldría libre de culpa, que se había enterado que la guerra con India se había terminado (se refiere a la segunda guerra Maratha entre 1803-1805), y de la victoria de Trafalgar por parte de Nelson (21 de octubre de 1805), y que se convenció de que podría disponer de cierta cantidad de fuerzas para un ataque sorpresivo al río de La Plata. Distintos agentes y espías británicos en aquellas costas le hicieron llegar noticias del débil estado de las defensas, principalmente de la ciudad capital virreinal, Buenos Aires. A esto había que sumarle la más que interesante noticia de una enorme fortuna atesorada en el fuerte de Don Juan Baltasar de Austria, donde actualmente se encuentra la Casa Rosada del gobierno argentino. Los espías que trabajaban para los británicos, uno de los más conocidos, Willian Porter White, de origen norteamericano, le hicieron llegar noticias directas a Colonia del Cabo. Es así que convenció al Gral. Baird que le prestara algunos hombres para una expedición, sumando como jefe de las fuerzas de tierra al recién llegado Cnel. Willian Car Beresford, ascendido o promocionado a general para comandarlos.

Se puede decir entonces que esta empresa fue de alguna manera privada, dado que los mil seiscientos hombres llevados a las tierras del Plata como préstamos, le reeditaron al Mayor General David Baird, en ciudad del Cabo la suma de 23.990 libras del tesoro que sería capturado por las fuerzas británicas. El Cnel. Beresford obtuvo 11.195 libras, el Comodoro Popham 7.000, si así sucesivamente, cada soldado y marino que intervino se recibió treinta libras por cabeza. Para localizar una causa directa para esta primera expedición, se debe pensar que la básica suma de treinta libras era una verdadera fortuna para entonces, y que el tesoro de fondos públicos del virreinato del

Río de la Plata, que van a conseguir llevarse era de 1.291.323 pesos plata, de los cuales solo llegaría a Londres un millón, el resto sería repartido entre los integrantes de la expedición como botín. Pero esto no debe sorprender, dado que, valga la redundancia, este proceder era “moneda” corriente en este tipo de operaciones.

Retomando el análisis de la operación, diremos que las fuerzas británicas decantarían en una expedición a Buenos Aires por dos motivos: el primero, netamente económico, que era el tesoro en el fuerte; y el segundo, de índole táctico militar, dado que Buenos Aires era una ciudad abierta, es decir sin muros, muy fácil de penetrar. En el plano estratégico, si la idea era someter o apoderarse de la boca o entrada al Río de la Plata, se podría decir que sería lo correcto para dominar la región, teniendo en cuenta que al estuario del Plata llegan las aguas de dos de los principales ríos de América del Sur: el Uruguay, que lleva a hacia dentro del continente hasta la provincia de Rio Grande del Sur (que era, a la sazón, la más rica provincia del imperio portugués en Brasil y centro económico del que sería luego Imperio del Brasil, cuestión que además explica la insistencia de los portugueses y luego de los brasileños en posicionarse en Uruguay para ellos mismos) y, por otro lado, también llegan las aguas del Paraná, que es mucho más importante todavía, dado que lleva por el interior del territorio del virreinato -y luego con su afluente, el río Paraguay- hasta el mismísimo Mato Grosso, (cuestión que también explicaría a la Guerra de la Triple Alianza). Aunque estos son temas que exceden a este capítulo. Sin embargo, volviendo a la idea central, si lo que se quiere es dominar tan importante entrada del Plata, y dominar muchísimo territorio hacia el interior, al menos comercialmente, tomar Buenos Aires no sería lo ideal.

Para conseguir un dominio efectivo triangulado de la boca del Río de la Plata y de la entrada a todo el Virreinato, debe dominarse primero la ciudad de Montevideo: una plaza fuerte amurallada con puerto interno de aguas profundas, es decir que puede mantener a cubierto a una escuadra permanente. Pero además, Montevideo está mucho antes que Buenos Aires, en plena entrada del estuario. Por otro lado, otro lugar estratégico sería la Ensenada de Barragán, en donde había, además, una pequeña fortificación con cañones, y también un pequeño puerto de aguas profundas, que en ese entonces estaba al mando del capitán de fragata Santiago de Liniers. Finalmente, para completar el dominio triangulado del Río de la Plata, se encontraba la Isla Martín García (ver figura 1, Google Earth, modificaciones Torres Fernando). Teniendo la posesión de estos lugares el dominio británico sería total. Por supuesto que Colonia de Sacramento, también fortificada, y Maldonado en la costa oriental eran puntos de importancia estratégica. Y es finalmente recién, recién entonces que Buenos Aires puede ser considerado como objetivo militar, aunque, más bien como un domino simbólico, al ser la capital del virreinato.

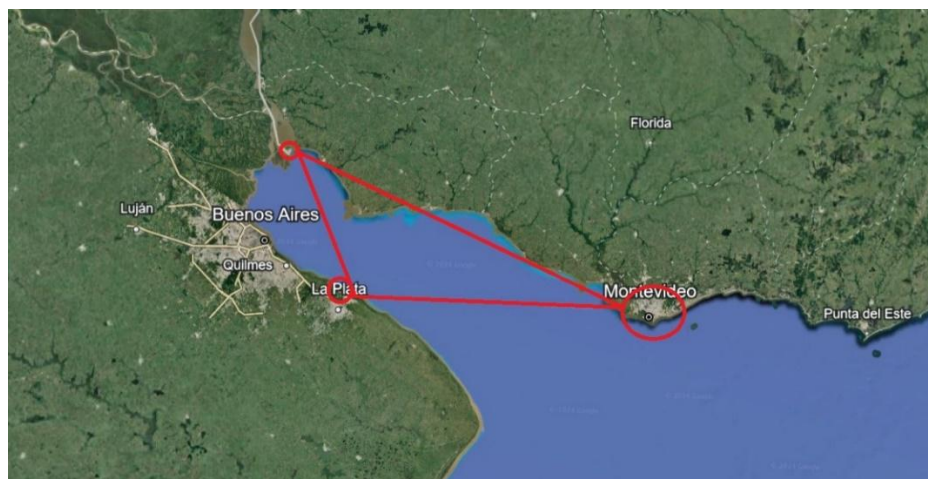


Figura 1. Modificada por el autor

Una pregunta que podría surgirle al lector es, por qué Buenos Aires era la capital del virreinato si Montevideo era un mejor puerto, amurallado y mucho más difícil de conquistar. Es cierto que era mejor puerto, las mareas limpian la costa oriental y llevan toda la arena y sedimentación a la costa de Buenos Aires, cosa que se puede apreciar al observar los grabados y acuarelas de la época, en donde los barcos atracan lejos de la costa, para realizar el desembarco en carretas y botes. Sin embargo, y a pesar de todas sus falencias como puerto principal, lo que hizo de Buenos Aires la capital fue su ubicación, aunque parezca contradictorio, dado que para llegar por tierra a ella no había ningún problema de casi todas las regiones del *Hinterland* del virreinato, mientras que para llegar a Montevideo había que atravesar dos de los más grandes ríos del continente, el Paraná y el Uruguay. Por otro lado, la ciudad de Buenos Aires no necesitaba ser una ciudad amurallada porque el enemigo más inminente o posible, eran las poblaciones aborígenes, que estaban contenidas por una línea de fortines fronterizos. En cambio, Montevideo y Colonia eran ciudades amuralladas porque tenían la cercanía del siempre interesado en expandirse vecino imperio portugués, es por eso también que había distintas fortalezas más al norte como las de San Miguel, Santa Tecla y Santa Teresa, para resistirlos.

La primera oleada británica (junio de 1806).

Volviendo a los británicos y su afán de tomar a Buenos Aires por sorpresa, tras sumar tropas en la isla de Santa Elena, se acercaron con una escuadra de once buques (Maffey, 2005, p. 34) a las costas del virreinato, sortearon el Fuerte y la batería de la Ensenada de Barragán y bajaron desembarcando el 25 de junio en Quilmes (ver figura 2, detalle), de esta manera pensaban que con sus pocas fuerzas podían aproximarse y tomar Buenos Aires por sorpresa, operación que no podrían hacer con la amurallada Montevideo. Esto no era errado, en la capital virreinal había muy pocas tropas, de los cinco regimientos que deberían encontrarse, el Fijo de infantes, el de Dragones, uno de artillería y dos Blandengues en realidad no sumaban los seis mil que se suponía, sino apenas mil, sin instrucción ni paga. Es importante señalar que esta falta de tropas en la capital virreinal se debía a que Sobremonte “(...) dirigió la mayor parte de las tropas veteranas que restaban en Buenos Aires al punto que consideraba amenazado de un asalto más inminente (...)” (Ruiz Moreno, 2019, p.53). Este autor se refiere a Montevideo, del cual ya se explicó su centralidad estratégica para el dominio del estuario del Plata.

De esta manera, cuando el desembarco, hubo apenas un intento el día 26 de detener a las fuerzas británicas por parte del Cnel. Pedro de Arce pero que fue inútil. En principio el virrey Sobremonte intentó armar a la población para la defensa, pero realmente resultó un caos el reparto de armas y municiones. Es por eso que optó por retirarse de la ciudad rumbo a Córdoba invocando un plan de defensa anterior, que parece ser cierto, pero que, si bien le permitía no rendir a la autoridad máxima del imperio español a los británicos, que es una actitud correcta, por otro lado, dejó a los habitantes de la capital en manos enemigas, y obviamente no fue bien visto por la población local, principalmente frente a los criollos principalmente.

Otro aspecto a tener en cuenta, fue el intento de no permitirles a los británicos que se hicieran con el tesoro, no es real que se los llevó consigo, como suele decirse. Para el 27 de junio, el Gral. Beresford ingresó con su pequeña fuerza (estimada por Maffey en no más de 1600 hombres, p. 38) junto al jefe del regimiento 71 de *Highlanders* escoceses el teniente coronel Dennis Pack, y otras tropas a una ciudad de 40 mil habitantes, una verdadera sorpresa (Gallo, 2015, p. 92). Lo primero que van a hacer los británicos es exigir el dinero del tesoro antes de aceptar la capitulación, o mejor dicho, solo van a permitir la rendición con honores si se entrega el dinero. Lo cierto es que

Beresford sabía que, con esas pocas tropas, podía durar muy poco en el dominio de la ciudad y mucho menos extender sus brazos sobre Montevideo, cosa que debía hacerse si se deseaba tomar el Río de la Plata de forma total. Es por eso que se despachó mensajeros a Londres y al Cabo de Buena Esperanza solicitando refuerzos ante el éxito total de esta empresa en particular y, obviamente, enviándose el resto de los caudales del tesoro de Buenos Aires. De esta manera, tras las jornadas del 26 y 27 de junio la bandera británica ondeará en la capital del virreinato durante más de cuarenta días.

Una de las primeras cosas que Beresford manda a realizar fue el desarme de toda la población, apoderándose también de las armas y la pólvora que estaban almacenadas en el fuerte de Buenos Aires, de esta manera se sustrajo “106 cañones útiles, de diversos calibres (...) Fusiles con guarnición de latón: 2.064; bayonetas: 2.064; carabinas: 618; pistolas: 4.672; espadas: 1208 (...)” (Beverina, 2015, t. I, p. 339) y una enorme cantidad de balas y pólvora.

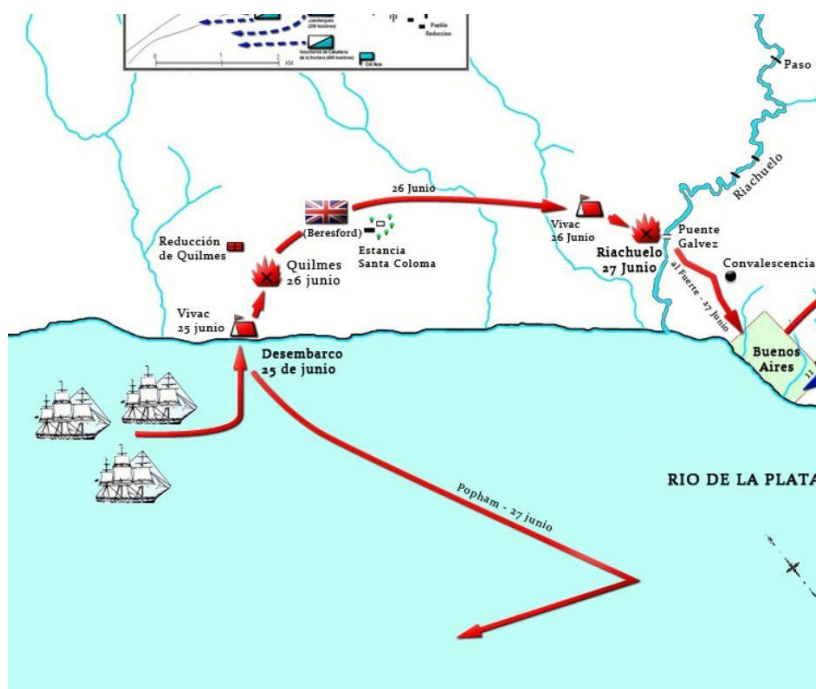


Figura 2. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 12)

La resistencia local

Esto no significó que los criollos quedaran pasivos ante la invasión. Muy pronto se aprestaron distintos planes de resistencia que los británicos deberían enfrentar. Esto se debía a que muchos sectores, principalmente hispánicos, debían obediencia a la corona española, y en el caso de muchos criollos, porque no veían con buenos ojos el favoritismo hacia algunos que propiciaban el libre comercio, cuestión que atentaba contra el contrabando, un gran negocio de ciertos sectores locales. Los grupos afectados por el libre comercio que impusieron los recién llegados, comenzaron a confabular, tal es el caso de Martín de Álzaga, un cabildante y hacendado que había hecho fortuna con el contrabando, y que logró esconder armas e incluso alquiló la chacra de Perdriel para organizar el entrenamiento de tropas para la reconquista, junto a Juan Martín de Pueyrredón. También se planificó un túnel desde una casa alquilada cerca de la Plaza Mayor para llegar hasta debajo de las murallas del fuerte y hacerlas explotar. Por último y de manera fundamental es importante señalar la labor del capitán de navío Santiago de Liniers, que buscaba retomar Buenos Aires y quien tras retirarse al otro lado de la costa del Plata “(...) logró que Montevideo -a pesar de un pedido de espera de

Sobremonte hasta que él llegara con su ejército de Córdoba – se le dieran seiscientos hombres, las naves necesarias para el transporte y lo que era más importante, el comando general de la expedición (...)” (Maffey, 2005, p. 43) De esta manera, se estaba gestando por distintas partes, aunque bastante unificadamente, el fin de esta primera expedición invasora británica.

Las fuerzas reunidas en Perdriel van a ser atacadas por los alertados británicos. Dice Beresford al respecto en su informe del 4 de mayo de 1807 al ministro de guerra, citado en el segundo tomo de Beverina (2015): “(...) el 1 de agosto, a las dos de la mañana de este día marché para atacarlos con quinientos hombres del Regimiento 71, a las órdenes del teniente coronel Pack, cincuenta de la infantería de Santa Elena y seis piezas de artillería (...) sus efectivos parecían unos dos mil hombres, principalmente de caballería.” (t. II, p.34), en realidad agrega Beverina que las fuerzas de los españoles y criollos, eran 800 hombres montados y armados en su mayor parte Blandengues, con “(...) cuatro carroñadas de a 18, tres cameratas de a 8 y dos pedreros de a 1(...)” (t.II, p. 34), se refiere a distintos tipos de artillería. La realidad es que, en campo abierto, ya siendo las 8 de la mañana, las tropas profesionales británicas eran prácticamente insuperables, y menos todavía, por parte de milicias que realmente no tenían entrenamiento. Con un poco de descarga de fusilería y avanzando de forma decidida los británicos ganaron la jornada, no sin tener algunas bajas: el comandante Olabarría en su informe al virrey Sobremonte sostiene que “(...) murieron en la acción 18 ingleses y, entre ellos, el jefe que los mandaba y de los nuestros sólo murió uno.” (Beverina, 2015, t. II, p. 34). Hay una carga de caballería de forma envolvente muy interesante de Pueyrredón apoderándose de un carro de municiones, pero dice Beverina que el combate de Perdriel fue un error de los milicianos, ya que se quedaron a combatir cuando el objetivo en principio era juntar soldados para la expedición que se venía de Montevideo. Este historiador y militar señala con mucha razón, que “(...) la superioridad en número de una gente colecticia, mal armada, sin instrucción ni disciplina, nada podría contra la superioridad táctica del pequeño grupo veterano que avanzaba resueltamente al ataque, sostenido por artillería bien manejada. Y en cuanto a las ventajas del caballo, ellas precisamente debieron servir para esquivar un encuentro desastroso (...)” (t. II, p. 37). Fue un gran error, un jefe debe saber buscar la mejor situación para obtener el mejor resultado posible, y esto no era posible allí, ya que se perdieron hombres en la dispersión y muy pocos se van a poder unir luego a las fuerzas que traía Liniers de Montevideo.

Liniers y la Reconquista

Mientras tanto Liniers, desde Montevideo con una fuerza militar para recuperar Buenos Aires, había verificado que los barcos de la flota enemiga estaban aún frente a Buenos Aires, pero fuera de los bancos de arena de la ciudad, de esta manera tuvo que optar llevar a su flotilla, que lo traía con los refuerzos para la reconquista, hacia Punta Olivos y entrar en el río de las Conchas para desembarcar sus fuerzas de forma encubierta, esto fue el 4 de agosto (Ruíz Moreno, 2019, p. 60). El número de estas tropas iba aumentando lentamente. Desde allí siguieron hasta a San Isidro, pero las lluvias torrenciales detuvieron su marcha hasta el 9 de agosto, esta época era invierno, y el frío, la lluvia y la falta de alimentación llevó a que varias decenas de caballos murieran, sin embargo, con unos 1200 hombres Liniers llegaba a la Chacarita de los Colegiales. El día 10 de agosto por la mañana llega a los Corrales de Miserere, actual plaza Once de Septiembre, listos para la batalla. Desde allí se resolvió hacerse fuertes en el Retiro donde había una plaza de toros, allí donde está la Plaza San Martín. (Ver figura 3, detalle).

Mientras tanto Beresford, tras su victoria de Perdriel va a desperdiciar a su vez la mayor capacidad de su tropa en campo abierto contra la expedición de Liniers. Ya

como en el frente había cañones, y se localizó algunas azoteas dominantes de la plaza con tiradores, mucho más no podía hacer dadas las circunstancias. Sin embargo, no dejaba tampoco dudas de que no bien el terreno lo permitiese debían buscar escapar de la ciudad, Beresford entendía que dadas las condiciones en las que estaban, poco podían durar, en el mejor de los casos hasta que se les acabase las municiones, porque no tenían suficientes provisiones y toda la ciudad estaba en su contra.

Para ese entonces las fuerzas de Liniers seguían creciendo en número, pasando de los ochocientos cuarenta y seis hombres con los que se embarcó en Colonia a mil doscientos, y a los mil novecientos treinta y seis efectivos según constata Beverina con su acostumbrada precisión (t. II, p. 60). Por otro lado, la escuadrilla española dirigida por el teniente de navío Juan de Vargas, que estaba estacionada en el río de las Conchas, debía presentarse el 11 de agosto a la vista del enemigo en son de ataque, como una maniobra de distracción en función también de impedir la colaboración de la flota británica en auxilio de sus efectivos en tierra. Esa misma noche, Beresford entendiendo la inminencia del ataque español, decidió embarcar a su personal, o lo que pudiese, en principio, soldados heridos y enfermos, mujeres y niños, puesto que si, efectivamente había en el contingente invasor unas sesenta mujeres y cuarenta niños (Maffey, 2005, p. 38) que acompañaban como agregados al regimiento 71. Esto parece que era bastante usual en esos tiempos, cuando una expedición era prolongada solían llevar a sus mujeres e hijos con ellos. En la noche entre el 11 y el 12 pudieron embarcar solamente a los soldados enfermos y heridos.

Liniers había definido un plan de ataque a las posiciones británicas en principio en tres columnas, que luego variaría debido al accionar previo de partidas sueltas de Miñones y voluntarios que hostigaban dentro de la ciudad, por eso anticipó la hora del ataque aprovechando el entusiasmo y el éxito que tenían esos ataques de guerrillas. Por eso serían cuatro las columnas que avanzarían de la siguiente manera (ver figura 4, detalle).

La primera al mando del capitán Manuel Martínez con los Blandengues de la frontera de Buenos Aires y un cañón, por Florida y Perú hasta la calle Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) doblando hacia la Plaza Mayor para apoderarse del Cabildo. La segunda al mando del capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha con la 2da compañía de voluntarios de Colonia, y algunos marinos, con un cañón de a 18 y un obús de 6, que serían reforzados en combate por Liniers con la 2da compañía de dragones. Irían detrás de la primera columna, pero en Rivadavia deberían doblar para atacar la catedral. La tercera columna al mando del Cnel. Pinedo con Voluntarios de Colonia, otros de Montevideo, marineros y Voluntarios Patriotas de la Unión, con un cañón de a 4 y un obús de 6 pulgadas, doblarían en Sarmiento y después en San Martín para atacar la Catedral junto con la segunda columna. Finalmente, la cuarta columna al mando de Liniers con las compañías 1, 2 y 3 de Dragones, algunos Voluntarios Patriotas de la Unión, un cañón de a 18 y otro de a 4, irían por Sarmiento hasta la actual Reconquista para atacar el flanco de la Recova. Es así que, ganando terreno, aunque con cuidado por la metralla de los cañones británicos. Esto cambiará al posicionarse los cañones propios, que se van a emplazar a una cuadra de la plaza, y con muchas bajas de los atacantes ganan finalmente los balcones y azoteas obligando a los británicos a reconcentrarse en la Recova y el Fuerte.

Ante la presión y el aumento de los caídos británicos, y ya sin posibilidad ni de escape ni de triunfo solo restaba rendirse, es así que Beresford procede a la capitulación. El saldo de la operación fue de "(...) 200 bajas contra alrededor de 300 de los enemigos." (Ruíz Moreno, 2005, p. 62).



Figura 4. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 12)

Lo cierto que la jornada de la Reconquista había terminado, pero no la presencia de los británicos, porque si bien todos serían prisioneros, la flota seguía dando vueltas, intacta, y muy pronto se llegaría una segunda oleada o invasión diez veces más grande y a la cual habría que enfrentarse de forma más ingeniosa. Se recuperó todo el armamento requisado por el enemigo, y se ganó un millar de fusiles de alta calidad británicos, los famosos Brown Bess (ver figura 5), a los que muy pronto se les daría uso.



Figura 5.

La segunda oleada británica (finales de 1806 y 1807).

Con la rendición de la primera oleada, cuando Beresford capitula ante Liniers, se puede sostener que ya empiezan los problemas, el primero será el referido a que los oficiales y demás soldados británicos quedaron prisioneros, pero esto no era lo que se había suscripto en la rendición y capitulación, que se suele hacer con un documento escrito, en donde el Gral. Beresford ofreció su rendición a “discreción”, que Liniers concedió. Este tipo de pactos eran muy comunes en aquellos tiempos. En el archivo general de Indias de Sevilla, Beverina (2015) consiguió acceder al mismo y en él dice

en su primer artículo fechado el 12 de agosto de 1806: “1- Que marcharán las tropas inglesas con todos los honores de la guerra y se considerarán como prisioneros de guerra, pero para ser embarcados en transportes ingleses, ahora en el Río, lo más pronto posible, para ser convoyados a Inglaterra o a los puntos de donde vinieron.” (t. II, p.75). Dicha capitulación sostiene varios aspectos más, muy favorables para los rendidos, y que de alguna manera se verán incumplidos, esto será usado luego como excusa para fugarse, rompiendo la palabra empeñada, tanto por Beresford como por el teniente coronel Denis Pack. ¿Qué es lo que sucedió?

Cuando se rinden los británicos y ante la presión de las tropas españolas que según parece estaban con muy pocas ganas de garantizar los derechos o garantías que daba la bandera de parlamento en que estaban las negociaciones entre Liniers y Beresford, días después, el 24 de agosto y ante las protestas del jefe inglés por el incumplimiento, Liniers explica: “V.S. izó la bandera parlamentaria, la cual, antes de haber tratado ningún punto de la capitulación, arrió izando la española; de este modo salió V.S. del Fuerte y, encontrándose conmigo, me preguntó qué condiciones le concedía y habiéndome apuntado las suyas, le dije que en primer lugar le concedía todas las honras de la guerra y que los oficiales quedarían con sus armas, obsequio debido a la honra con que se habían defendido (...)”, pero sin embargo finalmente agrega, “(...) este asunto pende de la Superioridad de la Provincia, delante de la cual me esfuerzo a reclamar el cumplimiento de las expresadas condiciones.” (Beverina, 2015, t. II, p. 82).

La realidad es que las promesas suscriptas por Liniers no se podían cumplir, porque él no era la autoridad para poder asumirlas y decidir las. El gobernador de Montevideo Ruiz Huidobro (cuyas fuerzas fueron las que se pusieron al mando del marino francés para la reconquista), a quien la idea de permitir a los británicos marcharse para volver luego en mayor número no parecía gustarle para nada, no tomó sin embargo ninguna resolución al respecto, pasándole la decisión al virrey, que tampoco terminó favoreciendo la causa de Liniers respecto a Beresford. Como sea y ante la posibilidad de un segundo ataque u oleada británica se decidió el traslado de los prisioneros al interior en tres tandas o remesas, de cuatrocientos soldados a Mendoza, otros cuatrocientos repartidos en Santiago del Estero, San Luis y San Miguel de Tucumán, y otra finalmente a Córdoba con cuatrocientos más. En el caso de los jefes “(...) el Gral. Beresford, el Tte. Cnel. Pack y siete oficiales más fueron a Lujan, trece a Capilla del Señor, treinta y dos a San Antonio de Areco, uno a San Nicolás, cuatro a la estancia de Felipe Otárola, dos a la de José Antonio Otárola y dos a la de Marcos Zavaleta”, (Beverina, 2015, t. II, p. 194).

Ante lo ocurrido hasta este momento, se llamó a un Congreso General, el día después de la rendición británica, a fin de solicitarse se reconociese a Liniers como gobernador político y militar, algo que obviamente no fue del agrado del Virrey, ya que iba justamente en su contra. Cuando el virrey recibió el oficio del cabildo lo consideró como un despojo de su investidura. Finalmente, Sobremonte decreta el 28 de agosto: “El mando de las armas de la Plaza (de Buenos Aires) al cargo de Comandante Dn. Santiago Liniers (...)” (Beverina, 2015, t. II p. 179).

También fue allí en donde se decidió por voluntad popular que los prisioneros, no fuesen devueltos, sino que los mandaran al interior como ya se comentó más arriba, en un principio los pusieron en el Retiro y a los oficiales en casa de familia. También conviene acotar que junto con las armas que se recuperaron, se tomó posesión mil seiscientos excelentes fusiles ingleses, dos obuses y cinco cañones del tren de artillería británico de calidad.

La organización de la Defensa de Buenos Aires

Ante la inminencia de otro ataque británico, esta vez más poderoso y mejor planificado, Liniers ya con el mando militar, decidió organizar las fuerzas posibles para enfrentar tal situación. El 4 de septiembre le comunicaba al virrey: “Tengo casi coordinados tres escuadrones de voluntarios, cuyos individuos han servido todos en la Reconquista, quienes por sí se obligan a uniformarse y mantener caballos a pesebre; cada escuadrón debe componerse de ciento y veinte jinetes, armados sólo con sables y pistolas, vestidos a la húsar; si a cada uno de estos escuadrones se agregasen doscientos hombres, particularmente paraguayos, quienes, además del sable y la pistola llevasen carabinas, vendríamos a tener un cuerpo de 960 hombres de caballerías (...)” y agrega: “Con las demás corporaciones por naciones que se pueden hacer, no creo que bajen de cinco mil hombres los que esta ciudad pueda presentar sobre armas (...)” (Beverina, 2015, t. II, p. 213).

Es interesante este aspecto pocas veces señalado, la de la colaboración de paraguayos en la llamada defensa de Buenos Aires, en las Conchas, es decir, en el río Reconquista, en donde se encontraban 650 soldados que desde el Paraguay había conducido en tres buques el Cnel. José Espíndola, y que llegarían el 2 de septiembre al puerto de San Nicolás. Pero antes de entrar en la organización de los cuerpos de voluntarios, mal llamados milicias, es importante ver las dificultades que se tuvo que pasar para organizar esta defensa armada. Para conseguir un número de efectivos elevado o de máximo poder no alcanza con la masa, con gente que quiera pelear, porque existían una infinidad de falencias, la primera y una de las principales era la falta de oficiales, principalmente de grados superiores, que son importantísimos para la instrucción y la disciplina. Este faltante se debía a que los oficiales veteranos y los de las milicias, casi todos, habían prestado juramento de abstención durante la guerra, a raíz de la ocupación de Buenos Aires por Beresford. Puede resultar difícil entender esa forma de pensar en estos días, pero entonces era muy importante la palabra empeñada, y esto tiene que ver con el *ethos* o pensamiento militar de la época. Y citando a Beverina (2015) al respecto dice: “(...) no era político ni honroso pretender desligarlos de ese compromiso, corriéndose también el riesgo de que esta disposición superior no fuese acatada por los que habían empeñado su palabra de honor.” (Tomo II, p. 219). Pero además era un doble juego, cómo pretender que los enemigos mantengan a su vez su juramento si desde este lado tampoco se cumplían. Otro problema era la insuficiencia de armas, tanto del Estado como en manos privadas, según la cantidad guardada en la Real Armería se llegaba a tres mil seiscientos sesenta y un fusiles, incluyendo los entregados el 12 de agosto por los británicos. Se recurrió entonces a requisiciones y compras para elevarse el número a cinco mil. Las municiones también eran un problema, debía obtenerse el tan necesario plomo, y más difícil todavía, la pólvora, dado que la que se consumía en el virreinato se traía desde España, o de Chile a lomo de burro, de esta manera se puede descartar la procedencia desde la metrópoli por el bloqueo de Popham, pero en todo caso por las distancias desde Chile recién llegaría muy entrado el verano. Para todo lo anterior se necesitaba dinero, y las arcas fiscales estaban agotadas por todos los esfuerzos realizados con anterioridad.

De esta manera, ante la mayor imposibilidad que las milicias y fuerzas regulares pudieran hacerse cargo de la situación, tanto por su bajo número como por sus juramentos, es que se impuso la creación de “Cuerpos Voluntarios”, lo que el historiador Tulio Halperin Donghi (2002), va a llamar la “Militarización de la Sociedad”. Invocando Liniers que uno “(...) de los deberes más sagrados del hombre es la defensa de la patria que los alimenta y los habitantes de Buenos Aires han dado siempre pruebas de que conocen y saben cumplir con exactitud esta preciosa obligación.” (Ruíz Moreno, 2019, p. 64), se realizó una proclama el día 6 para reunirse en cuerpos separados por provincias y origen. Se organizaron entonces el cuerpo de Húsares bajo Juan Martín de

Pueyrredón, llegando tener a marzo de 1807 unos doscientos efectivos. Otro fue el denominado Húsares Cazadores o Infernales cuyo comandante era Diego Herrera, con otros doscientos elementos. Hay que sumar al escuadrón de Migueletes de Caballería, al de Carabineros de Carlos IV (este sin permiso del virrey y armado por Lucas Fernández a sus expensas), el cuerpo de Quinteros o labradores, también de caballería, el Escuadrón Auxiliar de Caballería “de la real maestranza de caballería”, el Cuerpo de Patricios con Cornelio Saavedra proclamado jefe, una situación inaudita, (se procedió del mismo modo a designar a los demás jefes, incluido Manuel Belgrano). Los Patricios serían los más numerosos por la cantidad de voluntarios, específicamente de criollos, lo cual más tarde tendría sus consecuencias. Luego venían el cuerpo de Arribeños, es decir de las provincias de “arriba” o norte, con nueve compañías (una de granaderos y ocho de fusileros). El batallón de Naturales, Pardos y Morenos de Infantería, la compañía de granaderos de Infantería, el batallón de Marina, el cuerpo de Patriotas de la Unión, el real cuerpo de Artillería Volante, el Cuerpo de Artillería de Indios, Pardos y Morenos, el Cuerpo de Esclavos, estos últimos con “(...) ciento cincuenta docenas de cuchillos “de la marca grande”, con sus vainas de cuero y quinientas lanzas; armas que serían distribuidas recién en el caso que la ciudad fuera atacada.” (Beverina, 2015, t.II, p. 228).

Finalmente estaban los tercios de españoles, el Cuerpo de Gallegos, el Tercio de Andaluces, el Tercio de Catalanes o Miñones, el Tercio de Vizcaínos y el Tercio de Montañeses (Ruíz Moreno, 2019, p. 65).

Es muy interesante observar que Klaus Gallo (2014, p. 100) los contabiliza en total en unos aproximadamente ocho mil hombres, de los cuales cinco mil eran americanos o criollos y tres mil peninsulares, ahí se empieza a notar la enorme diferencia en los números que más tarde tendrán su peso. También se van a organizar distintas defensas terrestres y fluviales, que sin ánimo de agotar son distintas baterías en Olivos, Quilmes, el fuerte, en Retiro, en el Muelle, en los Recoletos, etc.

Las operaciones británicas

Mientras tanto, los británicos de la escuadra de Popham, ante la pérdida de su infantería de marina y los marinos desembarcados durante la fallida primera operación, debían mantener el bloqueo, pero al mismo tiempo recibir aprovisionamiento de víveres y otros efectos navales necesarios que serán traídos desde Río de Janeiro, Brasil, e informar solicitando ayuda tras la derrota del Gral. Beresford. Desde la Fragata Leda, el Comodoro Popham ordenó reconcentrarse cerca de Montevideo, reembarcando los efectivos que estaban en la Ensenada de Barragan “(...) después de clavar los cañones y de arrojar al agua dos piezas de campaña de los españoles.” (Beverina, 2015, t. II, p. 251). La acción de clavar los cañones se refiere a inutilizarlos clavándoles grandes pedazos de metal en la cazoleta de ignición de los mismos.

Hacia mediados de octubre empiezan a llegar los refuerzos del Cabo de Buena Esperanza, dado que el My. Gral. Baird, pudo desprenderse de otro contingente de elementos al mando del teniente Cnel. Backhouse, con unos mil novecientos treinta soldados en total. Con estas fuerzas se realizará un primer intento de toma de Montevideo, el 28 de octubre de 1806, pero ante su fracaso dirigieron sus miras a Maldonado, a unas treinta leguas de Montevideo, que era un lugar también muy interesante a tomar en cuenta si se pensaba seriamente dominar el estuario del Plata, con sus “(...) dieciocho cañones, de a 24 los más y tres baterías en la playa del mismo puerto, con cuatro piezas cada una de igual calibre (...)” (Beverina, 2015, t. II, p. 256). Logran tener éxito en Maldonado, por lo tanto, el virrey Sobremonte decide enviar fuerzas a fin de reconquistar dicho lugar, ya que era lógico pensar que desde allí volverían a intentar otro ataque a Montevideo. Se envía entonces al Regimiento de

Voluntarios de Caballería de Montevideo al mando del Teniente de Fragata retirado Agustín Abreu, y en la villa de San Carlos se produce un enfrentamiento en donde son finalmente rechazados por los británicos, perdiendo a sus principales jefes, entre ellos Abreu y al capitán José Martínez.

Mientras tanto Montevideo aumentaba sus efectivos con la llegada del Virrey con setecientos veintinueve soldados cordobeses, ciento veinte dragones de Buenos Aires y quinientos paraguayos y otros efectivos más. Sin embargo, la presencia del Virrey en Montevideo no fue muy bien recibida por el gobernador Ruiz Huidobro, quien también veía la falta de apoyo y deterioro de la figura gobernante del virreinato.

Por otro lado, desde Gran Bretaña se estaban ya despachando fuerzas para enviar a la América del Sur, por un lado una fuerza al mando del Brigadier general John Craufurd, (el 12 de noviembre) destinada en principio a Chile, y otra que ya había partido hacia el 9 de octubre al mando del Brig. Achmuty al Río de la Plata (Maffey, 2005, p. 53), esta última con unos dos mil novecientos noventa y seis elementos según se observa en la precisa contabilidad de Beverina (2015) con los regimientos y compañías en diecinueve transportes (t. II, p. 276) escoltados por el navío Ardent de sesenta y cuatro cañones, que el 14 de diciembre llegará a Río de Janeiro para reabastecerse y finalmente el 5 de enero de 1807 ancló en Maldonado. Un mes antes, el 3 de diciembre, el contraalmirante Sir Charles Stirling había entregado la orden del Almirantazgo al comodoro Popham de que sería reemplazado por Stirling con la orden de regresar a GB en donde se le realizará un juicio del cual salió indemne.

Tiempo después, para evitar rivalidades entre los dos jefes de tierra (Craufurd y Achmuty) de igual jerarquía, y para unificar el mando de todas esas fuerzas bajo un militar de mayor graduación, va a ser elegido el teniente general John Whitelocke "(...) a quien el generalísimo Federico, duque de York, "comandante en jefe de las fuerzas de S.M. en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda", le hacía conocer, el 7 de febrero de 1807, la noticia de su nombramiento (...) " (Beverina, 2015, t. II, p. 276). Pero antes de que todo esto sucediera, ya Achmuty se había aproximado para sitiar Montevideo con cinco mil hombres de las tres fuerzas, entregándose la intimación al virrey la mañana del 15 de enero, quien expresaba a Liniers la presencia de sesenta y dos buques enemigos al oeste de la isla de Flores.

El día 16 por la mañana se aproximaron en muchos remolques a la costa, las tropas británicas con el apoyo de la corbeta Charwell el bergantín Encouter de bajo calado, que con su fuego de cobertura mantuvieron a raya a la caballería española montevidiana. Lentamente fueron cercando a la ciudad para hambrearla, y aproximándose hacia la misma para ver la posibilidad de forzar un asalto antes de que recibiesen ayuda. El día 20 de enero hubo una salida de dos mil trescientos sesenta y dos efectivos para atacar a las fuerzas británicas (Beverina, 2015, t.II, p. 301), que se enfrentaba sin embargo a una fuerza estimada en cinco mil hombres, más profesional y en plena conciencia de sus funciones tácticas, así pues, fracasó causando muchas pérdidas entre muertos, heridos y dispersos, casi la tercera parte, frente a veinticinco muertos y un centenar de heridos británicos. Sin embargo, Achmuty informado de que fuerzas estimadas en cuatro mil soldados, y veinticuatro piezas de artillería venían al rescate desde Buenos Aires, información que no era para nada exacta y además muy exagerada, lo cierto es que esto lo motivó a forzar el asalto ante el deterioro de las murallas por el bombardeo constante y por el deficiente mantenimiento de las mismas, logrando su objetivo el 3 de febrero. De esta manera, se apoderaron de varias embarcaciones mercantes y de guerra, cerca de cincuenta y siete, unos "(...) trescientos cañones (...) trece morteros, diez obuses y diez carronadas; unos setenta y tres mil proyectiles esféricos de artillería, cinco mil tarros de metralla y mil granadas de mano; diecinueve mil libras de pólvora, dos mil quinientos fusiles, trescientos cincuenta mil

cartuchos a bala para fusil (...)” (Beverina, 2015, t. II, pp 322-323). Respecto de las bajas para los británicos fueron ocho oficiales (tres jefes de unidades), ciento doce de tropa y cerca de ciento setenta heridos. Los defensores tuvieron según la cifra exagerada del general británico, ochocientos muertos, quinientos heridos y unos dos mil prisioneros entre soldados y oficiales, contando entre ellos el gobernador Pascual Huidobro. Unos mil quinientos soldados lograron escapar. Se calcula que en realidad las cifras de muertos y heridos fueron muy cercanas a la de los británicos. Un aspecto interesante en esta campaña es que el apoderarse de Montevideo no les aseguró a los británicos el aprovisionamiento tan necesario para sus tropas, es así que se resolvió “(...) abrir el puerto por término de ocho meses a los buques neutrales que transporten algunos artículos alimenticios y bebidas” (Beverina, 2015, t. III, p.11).

La junta de guerra de Buenos Aires se dispuso entonces a planificar la reconquista de Montevideo, no sin antes ordenar la separación y arresto del Virrey Sobremonte (Ruíz Moreno, 2019, p. 71). De esta manera y con la prisión de Pascual Ruiz Huidobro, Santiago de Liniers quedaba con el mando total, político y militar. Desde Montevideo se solicitó la devolución de los prisioneros británicos de la primera oleada, sin embargo, para el 25 de febrero llagaban a dicha ciudad, casi milagrosamente el Gral. Beresford y Tte. Cnel. Pack. ¿Cómo habían logrado huir? Este es uno de los grandes misterios de la historia, ya que Beresford, Pack y otros oficiales que estaban en Luján, como prisioneros, estaban en realidad disfrutando de una vida apacible, con mucha libertad, asistiendo a tertulias y a cacerías con sus guardias. Podían conservar sus armas y deambular con el único condicionamiento de volver a sus alojamientos al anochecer.

Al parecer había la intención de llevarse a los oficiales también al interior, rumbo a Catamarca, dado que se descubrió que Beresford estaba en tratativas con sectores revolucionarios a cambio de la posibilidad del apoyo y protección británica a una independencia del territorio. Por tal motivo se le confiscó todos sus papeles y se los preparó para el traslado. Sin embargo, cerca de Arrecifes, la pequeña comitiva que los llevaba a destino, fue alcanzada por dos oficiales españoles, de los cuales uno de ellos era secretario de Liniers: “El capitán Peña fue quien comunicó al jefe de la escolta, capitán Martínez, una orden verbal de Liniers y del Cabildo de Buenos Aires que se le entregase el Gral. Beresford y otro oficial prisionero para conducirlos a Buenos Aires.” (Beverina, 2015, t. III, p 31).

Sin embargo, tanto Beresford como Pack, una vez en Buenos Aires, iban a permanecer tres días ocultos en la ciudad, de la cual escapan el 21 de febrero rumbo a Ensenada, en donde embarcan en un buque de guerra británico rumbo a Montevideo. Por otro lado, para los primeros días de marzo, la Real Audiencia y el Cabildo de Buenos Aires, alegó la nulidad de la capitulación y la desaprobación por la falta de cumplimiento de la promesa de Beresford y Pack. Esto lleva a que el comandante británico en Montevideo, Achmuty cumpla entonces su palabra de enviar a Gran Bretaña a los jefes españoles prisioneros. Achmuty le ofrecerá el mando a Beresford, quien declinó en función de dirigirse a Gran Bretaña para informar directamente a su Majestad su actuación, mientras que el coronel Dennis Pack, en cambio, prefirió permanecer en servicio. Beresford va a sostener que su escape estaba excusado por el no cumplimiento de la capitulación, Martín de Alzaga, en cambio, alegó la falta de validez de la misma, y reprochando a su vez el incumplimiento de la palabra empeñada de no huir.

Mientras tanto los británicos procedieron a tomar Colonia para completar su dominio de la rivera oriental del Río de la Plata. El Gral. Whitelocke llegará el 10 de mayo a Montevideo desembarcando al día siguiente. El Gral. Craufurd lo hará en los primeros días de junio con sus fuerzas. De esta manera para Beverina, contando a las fuerzas del Cnel. Backhouse y de Achmuty con cinco mil trescientos treinta y ocho de

tropa, las de Craufurd con cuatro mil doscientos doce hombres, y las que acompañaban a Whitelocke de mil seiscientos treinta soldados, tendrán a su disposición al menos unos once mil soldados para su empresa. Por supuesto que las condiciones habían cambiado, si bien era una fuerza casi diez veces más grande que la anterior operación, y en términos proporcionales eran un cuarto de la población de Buenos Aires, lo que hoy equivaldría a setecientos cincuenta mil soldados para dominar a una actual ciudad con tres millones de habitantes, esto no era tan sencillo. Por un lado, debía dejar fuerzas suficientes para mantener lo conquistado, por lo tanto, solo podrá disponer de unos siete mil ochocientos veintidós soldados y unos doscientos marineros para su empresa de volver a tomar Buenos Aires. Pero además, tenía el inconveniente de no disponer de caballos en número y en calidad para su caballería, y de animales de tiro para la artillería. La poca colaboración o simplemente el rechazo a los británicos de parte de la población local, los llevó a tener apenas ciento ochenta y siete hombres montados, mientras el resto debía marchar con sus monturas en caso de conseguir caballos del otro lado de la costa.

Para la artillería, teniendo en cuenta a cuatro animales por vehículo, se determinó distribuir ciento sesenta caballos y treinta y seis mulas. También se aligeró el equipo de los infantes para las marchas, no llevarían las tiendas de campaña y además “(...) el soldado llevaría como equipo individual únicamente un gabán (capote), una manta, un chaleco de franela y un par de calcetines. Pocas eran estas defensas contra las inclemencias y rigores de la estación” (Beverina, 2015, t. III, p. 61). Esto último es importante a tenerlo en cuenta, dado que les costará muy caro, ya que sus esperanzas eran la de tomar rápidamente Buenos Aires, cuestión en la que estaban equivocados. Llevaban además víveres embarcados en Montevideo, que consistían en harina, bizcochos, carne salada de vaca y cerdo, azúcar y aguardiente y el forraje de maíz entero y molido. Es decir que llevaban víveres y forraje para una dotación de diez mil hombres y para tres semanas.

Tras enviar a inspeccionar las costas para un desembarco decidieron que era la Ensenada de Barragán la más propicia para estar cubiertos por la artillería de los buques de guerra más pequeños. Tras el desembarco sin molestias del enemigo, la fuerza de casi ocho mil hombres, con once piezas de artillería de campaña, inició su marcha el 28 de junio avanzando y vivaqueando por las estancias de Las Lomas, Rodríguez y el Apoderado para llegar a la Reducción de Quilmes entre el 30 de junio y el 1 de julio. Desde allí, las distintas partes del ejército británico, la vanguardia, el grueso y la retaguardia se irán adentrando en el territorio rumbo a Buenos Aires. La retaguardia, bajo el Cnel. Mahon, dirigió su rumbo al puente de Márquez, en donde se hallaba Liniers, mientras la vanguardia al mando del Mayor Gral. Gower, el segundo al mando, se dirigió más al oeste al Paso Chico, flanqueando a las fuerzas locales con las cuales cruzarán armas en los Corrales de Miserere el 2 de Julio, dispersándolos. Finalmente, el grueso de las fuerzas británicas bajo Whiteloke, tras vivaquear ese mismo día, utilizaron el paso Zamora para dirigirse el 3 de julio hacia los Corrales, en donde se concentrará el ejército británico en función de preparar la toma de la ciudad. (Ver figuras 6, 7 y 8, detalles)

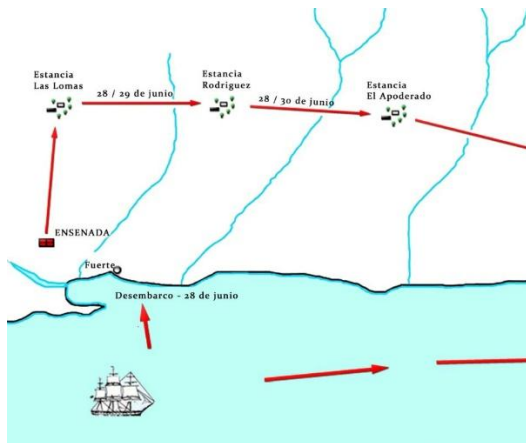


Figura 6. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 19)

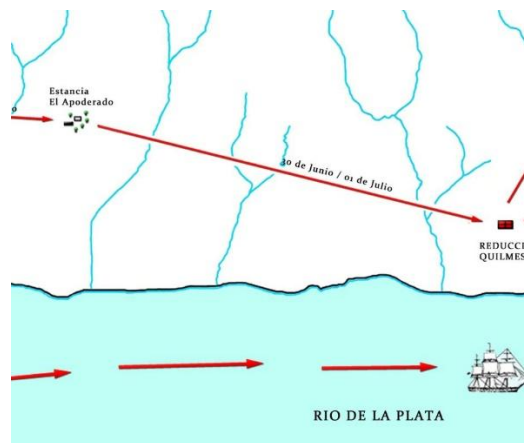


Figura 7. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 19)

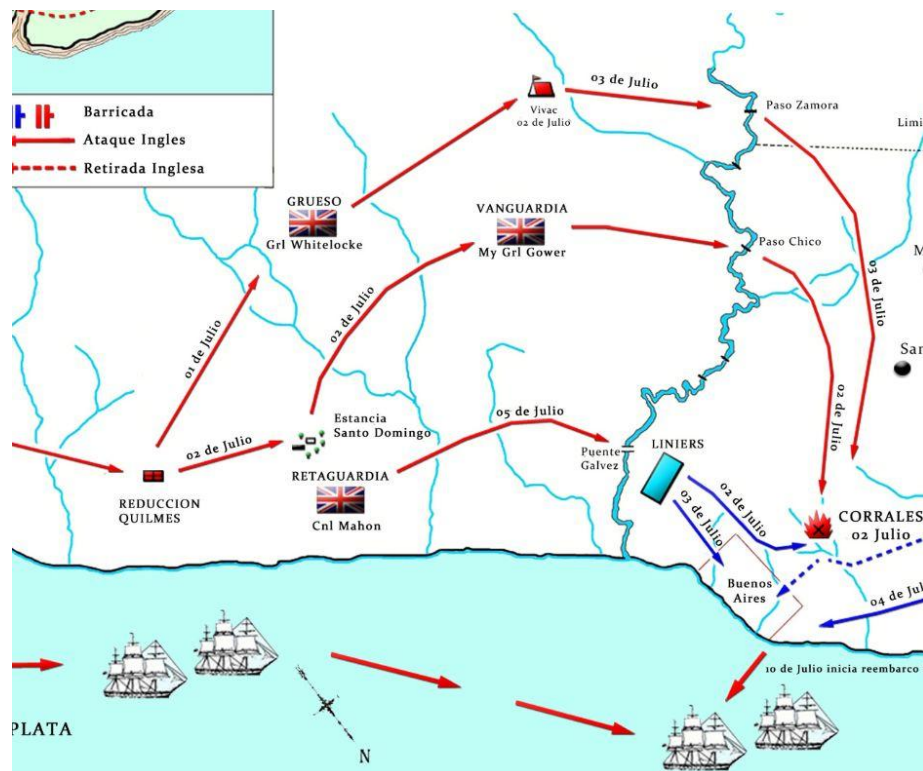


Figura 8. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 19)

La Defensa de Buenos Aires

Con las fuerzas locales dispersas tras el combate de los Corrales (ver figura 9, detalle), y el ejército británico en los suburbios en la ciudad todo pronosticaba el fin de la capital vierreinal. Sostiene el Gral. Maffey (2005) en su libro *Crónicas de las grandes batallas del Ejército argentino* que “Si el Gral. Craufurd hubiera continuado aquella persecución -que detuvo por expresa orden del Gral. Gower, segundo comandante de la expedición y que marchaba con él- esa misma noche los ingleses habrían tomado, seguramente, la Fortaleza y con ello, todo Buenos Aires.” (p. 61).

Ante el súbito detenimiento de las fuerzas británicas, aparece la personalidad de Martín de Alzaga como protagonista, así como Liniers lo fue en la Reconquista. Alzaga será muy importante para la organización del dispositivo de defensa tomando la

iniciativa. Se van a colocar barricadas rodeando la Plaza Mayor, el Fuerte y el Cabildo, de alguna manera emulando al dispositivo defensivo del Gral. Beresford el año anterior, pero extendiéndolo varias cuadras más alrededor, con tres importantes núcleos de resistencia localizados en la iglesia de San Miguel en el oeste, en la Merced al norte, y cerca del Colegio de San Carlos y la Ranchería al sur. A esto hay que sumarle fuerzas y tiradores agazapados en las en las azoteas y terrazas. Finalmente, alejados al norte, en el Retiro y la plaza de toros, había otra fuerza de Gutiérrez de la Concha.

Es interesante lo que acota Beverina respecto de los oficiales o jefes subalternos que, en esa jornada, a diferencia de Whitelocke alejado, y de Liniers derrotado en los Corrales: “Lo que a los jefes principales les ha faltado en competencia y previsión, les sobró a dos autoridades subalternas; *Craufurd* y *Álzaga*, quienes, cada uno en su esfera, trataron de remediar la angustiosa situación en que se hallaron por exclusiva culpa superior.” (Beverina, 2015, t. III, pp. 170-171).

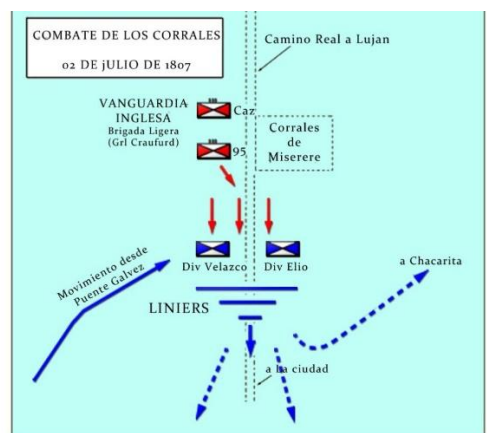


Figura 9. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 19)

El Gral. Whiteloke, finalmente llegará al otro día a las tres de la tarde bajo una lluvia torrencial. Y ubicará a sus fuerzas en los Corrales, unos seis mil ciento veintiocho hombres entre vanguardia y grueso. Hay que tener en cuenta que la retaguardia actuaba sobre el puente Gálvez al mando del Cnel. Mahon.

El plan británico

Se preparaba el plan para la toma de Buenos Aires. Hoy en día se sabe lo que pasó, y con el diario del lunes, se entiende o se puede entender los errores de entonces. Pero es interesante analizarlo desde la perspectiva del comandante en jefe de aquella operación, Whitelocke, quien sostuvo en su corte marcial: “Perseverando en mi plan original, yo había pensado marchar, en la mañana siguiente (se refiere a la del 4 de julio), por mi izquierda al convento de la Recoleta (...) me habría permitido comunicarme con la escuadra y hacer desembarcar la artillería pesada para un vigoroso ataque a la ciudad (...)” (Beverina, 2015, t. III, p.181). Sin embargo, al consultar a su segundo al mando, Gower, este lo convenció de una forma de ejecución más rápida que un bombardeo a distancia. Dice Beverina: “Tres eran los medios que se ofrecían para la conquista de la ciudad: cortar los víveres, bombardearla con baterías y el asalto.” (t. III, p. 182).

En el caso de cercarla con el tema de los víveres, se puede sostener que es la menos costosa para las fuerzas británicas y probablemente la más cómoda, pero

Whitelocke entendía que sus tropas, aligeradas del equipo para marchar, con lluvia y frío, es decir bajo las inclemencias atmosféricas invernales, hacía que su mejor opción se complicara, dado que sus tropas también sufrirían y no podrían aguantar mucho tiempo. La forma más obvia resultaba ser el bombardeo, pero también era una dificultad, por la demora del desembarque de la artillería pesada, víveres y la construcción de baterías, a parte de la lluvia torrencial ya mencionada. De esta manera se terminó optando por la idea de Gower y es así que se ubicaron las fuerzas británicas que avanzarían en la madrugada del 5 de julio en doce columnas. Paradójicamente Whitelocke había manifestado ante sus oficiales días antes que “(...) jamás expondría a sus tropas a combatir en calles con casas tan bajas como aquellas, donde sus hombres serían blanco fácil del fuego de mosquetería desde las azoteas.” (Maffey, 2005, p. 56), sin embargo, eso sería lo que finalmente pasaría. En principio, la idea o plan de Gower era aproximarse a la Plaza Central o Mayor y tomarla por asalto, allí se definiría la batalla, pero para esto debían avanzar lo más rápido posible, Whitelocke sostuvo en su corte marcial que: “El objeto era atravesar la ciudad con la mayor rapidez posible a fin de ponerse en contacto con los soldados españoles, prescindiendo completamente de los habitantes. El plan tenía en vista sus defensas centrales y las columnas, en caso de hallar un obstáculo en sus caminos particulares de ataque, no debían empeñarse en vencerlo, sino inclinarse sobre los flancos (...)” (Beverina, 2015, t. III, p. 187). Es decir, la clave era la “velocidad” en que debían recorrer unos 1500 metros aproximadamente hasta llegar a la Plaza Mayor, y Whitelocke dispuso entonces que: “Las tropas debían entrar con las armas descargadas y avanzar con la mayor rapidez posible y no hacer fuego bajo pretexto alguno... La razón que tuve para dar esa orden fue que nada se ganaba con tirar sobre la gente de las azoteas (...) siendo el principal objetivo avanzar rápidamente como fuese posible (...)” (Beverina, 2015, t. III, p. 187).

Beverina en su trabajo de tres tomos sobre *Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata*, expone el terrible error que cometerá Whitelocke, dado que este general sostenía que los habitantes iban a estar en las azoteas y las fuerzas de milicias en las barricadas centrales, pero, ¿y si esto no era así? ¿Y si el sistema defensivo se componía de tiradores en las azoteas permitiendo entrar a las fuerzas británicas a una especie de ratonera para ametrallarlas impunemente?

El desarrollo de la operación británica (Seguir la misma con la figura 10)

A las 06:30, tras un disparo de cañón, comenzó el avance de las columnas. Mil ciento siete hombres se quedarían atrás con Whitelocke en los Corrales, mientras que los cinco mil veintiún elementos restantes integrarían las columnas sobre una línea de dos kilómetros y medio. Debían atravesar sin disparar un tiro unas quince cuadras actuales o mil quinientos metros, dejando vacío el centro de la línea de defensa principal de los españoles. De esta manera como tentáculos, iban a avanzar. El ala derecha lo hizo sobre la Residencia con el regimiento N 45, cuestión que lograron rápidamente. Dejando tres compañías de fusileros, salieron al encuentro de la columna de avanzada más próxima, que eran las del general Carufurd.

Las columnas 3 y 4 de la Brigada Ligera avanzaron, bajo la dirección de Craufourd y Pack respectivamente. La de Craufurd llegó hasta la ribera sin problema y se resolvió avanzar hacia el Fuerte. La columna 4 de Pack avanzó en paralelo, pero dividiendo sus fuerzas en la calle Perú bajo el Tte. Cnel. Cadogan, y Pack dos cuadras más por la actual Defensa, en donde se encontraron con una fuerte resistencia. En el caso de Cadogan todo iba bien, cuando en el costado del Colegio de los Jesuitas “(...) el enemigo apareció de repente en gran número de algunas ventanas, en la azotea de aquel edificio y desde las barracas del lado opuesto de la calle (se refiere a la *Ranchería*)

y desde el extremo de la misma. En un momento la totalidad de la compañía de cabeza de mi columna y algunos hombres y caballos de la pieza fueron muertos y heridos” (Beverina, 2015, t. III, p. 216)

De esta manera tuvieron que retroceder abandonando el cañón que fue tomado por los Patricios que estaban allí. Algo similar le sucedió a la columna de Pack, quien también sostuvo que “Antes de que me hubiese escasamente aproximado a la iglesia de San Francisco ya había perdido, bajo fuego de un enemigo casi invisible y ciertamente inatacable para nosotros, los oficiales y casi la totalidad de los hombres que componían la fracción de cabeza (...)”. (Beverina, 2015, t. III, p. 217)

Cadogan tuvo que refugiarse con las fuerzas que pudo sustraer en la casa de *Virreina viuda*. Pack retrocedió a su vez encontrándose con la compañía de granaderos del regimiento 45, que venía de la Residencia. De esta manera y uniéndose con las fuerzas de Craufurd, este ordenó hacerse fuertes en la iglesia de Santo Domingo y esperar para volver a avanzar cuando fuera posible.

La Brigada de Lumley, mientras tanto avanzaba con cuatro columnas. En el caso de la 5ta llegó sin entorpecimiento alguno hasta la Iglesia de San Miguel, pero no bien arribaron allí el enemigo comenzó a disparar a discreción desde todos lados. Perdiendo una enorme cantidad de soldados, el teniente coronel Duff, al mando de dicha columna, decidió doblar a su izquierda y tomar dos o tres casa para hacerse fuertes, y tras 4 horas de resistencia y con enormes bajas decidió aceptar la rendición.

Algo similar declaró el jefe de la columna 6, el mayor Vandeleur: “Como a una tercera parte de mi camino recibí de todas direcciones un fuego hecho desde las azoteas y ventanas de las casas.” (Beverina, 2015, t. III, p. 222), y agrega de forma muy interesante: “(...) recibimos de las ventanas, desde ambos lados de la calle, fuego de fusil, granadas de mano, bombas asfixiantes, tejas y toda clase de materias combustibles” (Ibidem, t.III, p. 222). Esta fuerza logró hacerse fuerte en una casa con las tropas que le quedaban, y viendo que, en este caso, los Arribeños traían un cañón que dispararon de forma continua, finalmente se rindieron, casi al mismo tiempo que la columna anterior.

Las columnas 7ma y 8va del regimiento 36 del Gral. Lumley, avanzaron en paralelo por las actuales calles Corrientes y Lavalle, siendo favorecidos por estar a mayor distancia del núcleo defensivo. Se enteraron de la suerte de las dos anteriores columnas, y esperaron a fin de colaborar una vez que supieran la suerte de las fuerzas de la brigada de Achmuty. Estas fueron realmente las únicas que lograron su objetivo de ocupar la Plaza de Toros y el Retiro (Ruíz Moreno, 2019, p. 77) tras una lucha encarnizada que cesó como a las 09:00 de la mañana con el triunfo británico sobre el capitán de navío Gutiérrez de la concha y sus 800 hombres distribuidos estratégicamente. Finalmente, Gutiérrez de la Concha y cuatrocientos hombres se entregaron tras casi dos horas de encarnizada lucha. Hubo también una acción de aproximación demostrativa por el centro de la línea de ataque que quedó como a 4 cuadras de la línea defensiva española.

Hay varios aspectos a tener en cuenta. Por un lado, Whitelocke estaba muy lejos de la acción para saber lo que estaba pasando, su comando fue realmente inerte. En principio las cosas no parecían tan malas para los británicos en esta primera jornada, ya que a excepción de las columnas 5ta y 6ta, el resto había podido alcanzar la meta inicial, pero esto no era para nada suficiente.

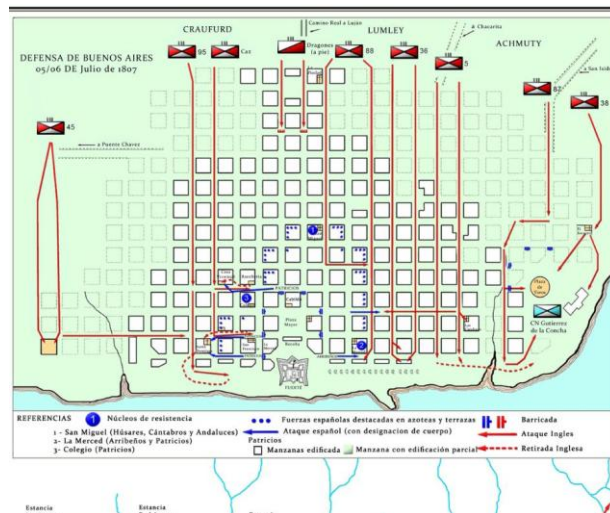


Figura 10. Fuente: (Locatelli, 2017, p. 19)

Desarrollo de las operaciones españolas

Los defensores ajustaron y redujeron el sistema defensivo y pasaron a contraatacar a la Casa de la Virreina Viuda, en este caso, fueron los Patricios de Saavedra contra el mayor Codagan, quien después de tres horas en su posición y con gran mortandad de su tropa se rindió. Liniers también pasó a la ofensiva sobre la iglesia de Santo Domingo y la casa de Sotoca. Se intimó a la rendición, pero ante la respuesta negativa por parte de los británicos, Liniers ordenó un ataque enérgico, y finalmente, tras ocho horas de resistir los tenientes coroneles Pack y Guard, el mayor Mcleod y el brigadier general Craufurd rindieron sus efectivos. Se avanzó entonces sobre la casa de Sotoca y los edificios tomados por las columnas 7ma y 8va del brigadier general Lumley. Pero tras resistencia este decidió retirarse y hacerse fuerte con las tropas del Gral. Achmuty.

Al terminar aquel día del 5 de julio, se suspendieron las hostilidades hacia el anochecer, pero haciendo un balance, el ataque había resultado en un fracaso. De las fuerzas que habían actuado, solo la mitad o menos, habían logrado su objetivo. Achmuty logró juntar bajo su comando unos dos mil trescientos cincuenta y cinco hombres de los que habían ingresado a la ciudad, es decir, que sufrieron una enorme merma de tropas entre muertos, heridos, extraviados y sobre todo prisioneros. Para tener una idea Beverina (2015) nos da un número de cada uno de esos grupos: “Las pérdidas experimentadas por el atacante eran considerables: los muertos alcanzaban a doce oficiales y doscientos ochenta y seis de tropa; los heridos a cincuenta y cuatro y quinientos noventa y tres respectivamente, llegando a doscientos ocho de tropa extraviados. La pérdida más grave del ejército invasor consistía en la enorme cantidad de prisioneros caídos en poder de los españoles: un brigadier general, nueve jefes, ochenta y cinco oficiales, ciento doce hombres de la Plana Mayor y mil ochocientos dieciocho de tropa (...)” (T. III, p. 225).

Es decir que habían perdido el cuarenta y tres por ciento de los que salieron en la mañana desde los Corrales. Whitelocke se informó tanto del éxito de las columnas del ala izquierda al mando de Achmuty con treinta piezas de artillería y seiscientos prisioneros españoles, pero también fue enterándose de la suerte de las otras columnas. Entendía que las posiciones dominadas, el Retiro, la Residencia y Plaza Lorea, estaban muy alejadas unas de otras y del núcleo central.

Por otro lado, en esta instancia y conscientes de las pérdidas sufridas por el ejército invasor, se reunieron el alcalde del primer voto Álzaga y el virrey Liniers. Este último le propuso que hicieran un intercambio de prisioneros con la idea de ofrecerles a

los británicos el reembarcarse libremente a fin de terminar las hostilidades. Pero Álzaga tuvo una mejor idea, ofrecerles el reembarco de no solo los prisioneros tomados en esta jornada, sino también los tomados a Beresford en la primera invasión u oleada, a condición de que se evacue la plaza de Montevideo, el Río de la Plata y demás puntos de la Banda Oriental, dejándose eso sí, rehenes para la seguridad del trato.

Whitelocke pensó en ganar tiempo para mejorar su situación y encontrar las mejores condiciones, sin embargo, la propuesta de Liniers era clara: "(...) si en un cuarto de hora no se daba una respuesta categórica a la intimación que se le había hecho, concluido aquél se daría principio a la acción con el mismo ardor que antes." (Beverina, 2015, t. III, p. 267). Whitelocke no tenía muchas opciones de reanudar un ataque, sea por asalto o por bombardeo, ya que no tendría nada de tiempo para este último procedimiento. Los cañones que tenía en tierra no eran para nada potentes contra construcciones de ladrillo, y la cantidad de tropas no eran las suficientes para dominar a una masa de habitantes tan grandes y armados.

De esta manera, y sin dilaciones finalmente firmó la capitulación, y se procedió al intercambio de prisioneros y al desalojo de las fuerzas británicas con las armas que tenían en ese momento, pero no con las capturadas. Solo se quedaron algunos heridos que no podían ser trasladados por su estado delicado. Whitelocke se "(...) hizo a la mar el 10 de septiembre con una flota de más de doscientos buques." (Maffey, 2005, p. 66)

Conclusiones

Para ir finalizando esta exposición, varias cuestiones. Si se trata de analizar las causas del porqué el fracaso de la segunda operación militar para tomar una ciudad que el año anterior fue conquistada sin embargo por una fuerza casi diez veces menor, y con el diario del lunes, desde la mirada crítica de un militar profesional, tal es el caso del Cnel. e historiador militar Juan Bartolomé Beverina, refiriéndose a la segunda "Invasión" sostiene que: *"A una mala orden no puede responder otra cosa que una mala ejecución."* (T. III, p. 250)

El primer error que puede señalársele al jefe británico, es que Whitelocke cambia su plan original a último momento, aceptando el plan del Gral. Gower, asumiendo que sería el mismo Gower el que determinaría las medidas y modalidades de ejecución, cuestión que este no hizo, pero que eran en realidad responsabilidad de Whitelocke. Otros errores que pueden señalarse son el que no había enlace entre la mayoría de los jefes de columnas que marcharon por separado, y peor, una vez en el objetivo respectivo de cada columna, próximos a la ribera, no tenían órdenes precisas de qué tenían que hacer a partir de entonces. Planteándose los siguientes interrogantes: ¿Cómo recibir órdenes a través de una ciudad dominada por el enemigo? ¿Cómo se iban a proveer de alimentos y reabastecerse de municiones? Otra falla enorme fue la de llevar las armas descargadas para no retardar el avance.

El bombardeo o el sitio para cortarles los víveres eran indudablemente menos costosos, pero entendiendo las circunstancias del momento y si aceptamos que solo el asalto era el posible método de tomar la ciudad, pues bien, sostiene Beverina que la forma de proceder debía ser dividir en tres grandes grupos o columnas invasoras, con Gower en el centro y muy cerca, y detrás el cuartel general con la Reserva. Desde los tres puntos bases de la Residencia, la Plaza Lorea y el Retiro, se lanzarían en columnas concéntricas hacia la Plaza Mayor, ganando terreno progresivo con apoyo de la artillería, desalojando edificios importantes, ocupándolos y cerrando el cerco. Un trabajo metódico de aproximación hasta estar en posición de hacer un ataque en conjunto y en simultáneo del núcleo central.

Por otro lado, la táctica defensiva de los españoles y criollos fue excelente, junto con la contraofensiva que fue complemente eficaz con una acertada dirección, dado que, si se quedaban en una defensa pasiva, les hubieran dado libertad de acción al enemigo.

Es importante remarcar que, en la primera oleada, el factor sorpresa permitió conseguir el objetivo de la expedición de tomar Buenos Aires, pero a la larga y sin la ayuda necesaria a tiempo, estaba condenada al fracaso. La segunda oleada, mucho más eficaz y mejor planificada, triunfó en su desarrollo, tomando toda la ribera oriental, clave para el dominio estratégico del estuario del Plata, pero fracasó principalmente por el error táctico de tomar Buenos Aires por la fuerza, dado que esta vez, el elemento sorpresa no iba a funcionar, y toda la ciudad, que otrora se sorprendió con una pequeña fuerza invasora en 1806, esta vez esperaba a una gran fuerza como un dispositivo defensivo total.

Finalmente, esta operación militar llevó a la creación de cuerpos de voluntarios, en su mayoría criollos, que armados y organizados, se volverán centrales en la concentración de poder e influencia para los eventos por venir, la Revolución de Mayo (1810), que los tendrá nuevamente como protagonistas, ya preparados y en plena conciencia de sus capacidades. Es por esto, que la Gran Invasión Británica a la cuenca del Plata, será uno de los principales antecedentes del proceso independentista de esta región.

Bibliografía

Best, Félix. (1960). *Historia de las Guerras Argentinas*. Tomo I. Buenos Aires, Peuser.

Beverina, Juan B. (2015). *Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata*. Tomos I, II y III. Buenos Aires, Letras Comunicaciones.

Gallo, Klaus. (2015). "La batalla de Buenos Aires". En Federico Lorenz (comp.) *Guerras de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Ariel.

Halperin Donghi, Tulio. (2002). *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

Locatelli, Omar (comp.) (2017). *Batallas por la patria. Acciones, combates y campañas de la historia argentina*. Buenos Aires, EUDE.

Maffey, Alberto. (2005) *Crónica de las Grandes Batallas del Ejército Argentino. Historia de caballeros valientes y desdichados*. Buenos Aires, Círculo Militar.

Ruiz Moreno, Isidoro. (2019). *Campañas militares argentinas. La política y la guerra. Del Virreinato a la Independencia*. Tomo I. Buenos Aires, Grupo Argentinidad.